

Dr. Juan Marín

## El Complejo de Byron y el Incesto



DESDE que despuntó en nuestro horizonte intelectual el alba psicoanalítica, desde el momento mismo en que tuvimos trato con las doctrinas de Freud y las de sus numerosos discípulos, nos pareció encontrar un vacío en el estudio de los llamados «complejos infantiles» y nos propusimos contribuir con nuestro aporte muy reducido por supuesto, a la gigantesca obra del freudismo.

Esa laguna la encontramos dentro del gran capítulo que Hesnard ha llamado los «Complejos del Objeto», o sea los de la libido objetivada y se refiere ella al amor o atracción afectiva existente entre hermano y hermana.

Es a esto lo que nosotros hemos propuesto llamar, el «Complejo de Byron». Indudablemente, si revisamos la mitología griega, encontraremos numerosos ejemplos de amores incestuosos y hubiéramos podido bautizar dicho complejo con el nombre de algún dios del Olimpo. Pero hemos preferido darle el nombre del poeta de *Child Harold*, porque su caso es más conocido y evita desde el primer instante cualquier equívoco.

Digamos primeramente algunas palabras acerca de lo que se entiende por «complejo».

El complejo es, según Charles Baudouin, profesor del «Instituto J. J. Rousseau» de París, un haz de tendencias instintivas, dentro del cual, a pesar de ser un conjunto o agrupa-

ción, siempre hay una de esas tendencias sobre la cual recae el acento y ella da el carácter al complejo.

Según Allende Navarro, el complejo es «el receptáculo, el acumulador por excelencia de una cantidad de energía afectiva mantenida en potencia y en vía de inmediata y perenne transformación». En el sentido freudiano estricto sería, según apunta este mismo autor, «una amalgama de impresiones sensoriales, secuelas de representaciones o de grupos de representaciones psíquicas, de imágenes, de recuerdos, de cosas, de situaciones, de reminiscencias, de actitudes intelectuales o motrices, elementos a los cuales se enlaza, les da realce y vida, un montante a veces formidable de afecto». Aquí aparece el factor que Freud considera esencial en las expresiones de la vida del Inconsciente, es decir, la carga afectiva, con lo cual se diferencia netamente y radicalmente, la concepción del Inconsciente freudiano, de la expuesta por Pierre Janet, profesor del Colegio de Francia, en su obra *El Automatismo Mental*, que concibe un Inconsciente netamente intelectual.

Dentro de un complejo, pues, hay una tendencia, que cuantitativamente sobrepasa a las demás y mientras más honda y lejana se encuentra ella en el Inconsciente, sobre todo si es de aquellas derivadas de la infancia, tanto mayor será su permanente influencia sobre la conciencia del individuo. Casi siempre el complejo lleva una carga de líbido y casi siempre también sobre el complejo ha existido o existe una fuerte represión.

La historia de la evolución de los complejos es la historia de la evolución de la sexualidad.

Muchas clasificaciones han sido propuestas para el estudio de los complejos: la más objetiva y clara nos parece sin duda, la del psicoanalista francés ya mencionado, Dr. A. Hesnard, para quien pueden agruparse en tres categorías: «Complejos del Objeto», «Complejos del Yo» y «Complejos de Actitud».

Los del primer grupo son, o están formados, por tendencias

que aspiran a alcanzar o poseer un objeto exterior a sí mismo. De tal clase serían: el «Complejo de Caín», según el cual los hermanos se disputan entre sí la posesión de la madre y de los bienes y deleites familiares; el «Complejo de Edipo» fuertemente cargado de ambivalencia, con deseos de posesión para uno de los progenitores y repudio para el otro; el «Complejo Sádico-anal» o de Destrucción, cuyo nombre lo define; y el «Complejo Espectacular» en que el sujeto se vincula íntimamente al objeto al colocarse en permanente actitud de hacerse mirar o admirar por éste.

En realidad este último es un puente de paso, una transición hacia los «Complejos del Yo» o sea los de la segunda categoría y que son: el «Complejo de Mutilación» que en la niña adquiere el carácter del llamado «Complejo de Diana»; el «Complejo de Nacimiento» que se relaciona con el origen de la vida.

Los «Complejos de Actitud» son dos: el «Complejo de Destete» en relación con la leche materna; y el «Complejo de Retirada» en que el hombre queda dominado por una nostalgia de las etapas infantiles y por la búsqueda constante de un refugio, una regresión, una introversión hasta el fin de sus días. Nuestro «Complejo de Byron» deriva indudablemente del de «Edipo» y tiene fuertes vinculaciones laterales con el de «Caín», que también es un complejo típicamente ambivalente.

Dice Baudouin que las tendencias forman una especie de red continua sobre la cual la energía psíquica, la carga de líbido camina en todas direcciones. En determinadas zonas, encuentra una mayor resistencia y queda detenida o retardada su circulación. En otras, la red es más apretada, los nudos son más pequeños y ofrecen una menor resistencia. Al través de esas mallas la energía se mueve con gran facilidad. Estas zonas serían en realidad lo que nosotros llamamos los complejos. El complejo en sí mismo según Baudouin es una pura abstracción. Si los concebimos en esta forma de malla o red, compren-



deremos fácilmente que todos ellos estén íntimamente entrelazados y el ejemplo más típico de este enlace es el del «Complejo de Caín» con el de «Edipo». El deseo de obtener para sí a la madre, hace que se odie al hermano.

En el caso de nuestro «Complejo de Byron», el hermano puede comenzar a amar a su hermana, porque ve en ella una imagen de la madre, una madre pequeñita. Y a la inversa, la hermana a amar al hermano por ver en él una imagen del padre.

Pero precisamente, como este sentimiento es edipiano, está cargado de ambivalencia y así ha podido apuntar el agudo G. B. Shaw: «Si existe una persona a quien una joven inglesa deteste más que a su madre, esa persona es ciertamente su hermana mayor»

Las atracciones y repulsiones paternas son las primeras en aparecer en el niño y van seguidas a muy corto plazo por las tendencias con respecto a las hermanas y hermanos. Este orden de procedencia, puede no existir naturalmente y desde luego, cuando faltan el padre o la madre, caso en el cual siempre el primer sustituto es el hermano o la hermana mayor. La evolución de estos sentimientos fraternales tiene todas las alternativas y vicisitudes del «Complejo de Edipo» mismo. Dice a este respecto, Hesnard (1): «El sexo desempeña también un papel importante en la orientación y en el destino de esas tendencias familiares. El contacto moral entre hermano y hermana favorece el conocimiento de la experiencia del sexo contrario, y, por tanto, la evolución del ser instintivo, inversamente, el muchacho o la muchacha, educado lejos del sexo opuesto, contrae frecuentemente una cierta repugnancia al amor por desconfiar de lo desconocido en el copartícipe eventual. Existe frecuentemente entre hermano y hermana—sobre todo por parte del primero—una atracción amorosa, en general

---

(1) A. Hesnard.—«La Vida y Muerte de los Instintos en el Hombre».

reforzada por una sensualidad que ni los interesados ni su ambiente saben ver, pero que se hace patente a los ojos de un observador psicólogo. Algunos hombres recuerdan haber experimentado su primera pasión celosa por su hermana, que reemplaza así, por su efigie más joven, a la madre, a medida de la virilización del instinto y antes de que ellos osaran dirigirse afectivamente a una extraña. Igualmente la hermana traslada al hermano la primitiva atracción sentimental hacia el padre».

Este mismo autor agrega más adelante en un llamado marginal: «Estos amores de hermano a hermana se revelan principalmente por los celos del macho, como todas las pasiones materialmente irrealizables. Un hermano que jamás ha sido afectado por un deseo de incesto (a lo menos consciente), no por eso está menos preparado para odiar al extraño que desea a su hermana con una posibilidad, en su opinión, de saciamiento material».

Para comprender con mayor facilidad y más profundamente esta cuestión debemos remontarnos al estudio del «Complejo de Edipo» del cual se ha dicho y con razón que es el complejo central, el núcleo primario, la verdadera clave del destino del hombre, cuya vida condiciona y determina desde los primeros meses de la vida. Freud nos conduce a la época protohistórica de los comienzos de la vida en grupo, en las lejanías del tiempo, a la mente arcaica.

Hay un hecho fundamental que debe servirnos de punto de partida: en todos los pueblos primitivos encontramos una fuerte represión contra el incesto, ya sea de padres a hijos o de hermanos entre sí. Y esta represión va vinculada a la organización de la sociedad dentro del sistema totémico, lo que G. Frazer ha estudiado detenidamente en los cuatro volúmenes de su obra *Totemism and Exogamy*.

La investigación de la vida colectiva en los pueblos que se encuentran actualmente en las etapas más bajas de civilización y cultura, muestra por su parte la coexistencia de dos gran-

des tabús que los antropólogos han señalado en la vida del hombre arcaico: el del incesto y el del parricidio. Pero este incesto de los pueblos primitivos es muchísimo más vasto que el que nosotros conocemos hoy entre hermanos consanguíneos. La represión alcanza en aquellos casos a todas las mujeres del tótem.

Digamos primero en que consiste el totemismo: primero existe el tótem que es el antepasado del clan o grupo, su espíritu protector y que generalmente se representa por un animal y raras veces también por una planta o un elemento mineral o atmosférico. Este animal es la insignia del grupo y al mismo tiempo es su dios. La palabra «tótem» fué introducida en la literatura científica por J. Long, quien la tomó de los Pielas Rojas de Norteamérica. Ahora bien, la organización totemica de la sociedad descansa sobre una ley inviolable y es la de que los hombres y mujeres, miembros de un mismo tótem no pueden casarse entre ellos ni tener trato sexual. De aquí fluye su segundo carácter distintivo que es la exogamia.

Esta descansa o mejor dicho, deriva del tabú del incesto, tabú que si bien se analiza se encuentra, ya sea expresado o latente, en todos los grandes complejos, de acuerdo con aquella ley psicoanalítica de Baudouin de que «en todo complejo están representados varios instintos, así como todos los grandes instintos están representados en cada uno de los grandes complejos». Dice Freud (1): «En Australia las relaciones sexuales con una persona de un clan prohibido son regularmente castigadas con la muerte. Poco importa que la mujer forme parte del mismo grupo local o que pertenezca a otra tribu y haya sido capturada en una guerra, el individuo del mismo tótem que entra en comercio sexual con ella, es perseguido y muerto por los hombres de su clan, y la mujer comparte igual suerte».

Freud que aplicó a la antropología y a la sociología sus

---

(1) S. Freud.—«Tótem y Tabú».



hallazgos psicoanalíticos recogidos principalmente por él en las neurosis y en la interpretación de los sueños, pudo luego fácilmente concebir que el tótem al cual los salvajes consideran vagamente una especie de antepasado, no es otra cosa que la representación del padre.

Las mujeres de la misma tribu, del mismo clan o de la misma fratria totémica vienen a ser entonces, hermanas. De tal modo, en los dos grandes tabús de la civilización totémica, que son la interdicción de matar y comer carne del animal tótem y de tener trato sexual con mujeres de la tribu, se encuentran los dos elementos integrantes del «Complejo de Edipo», o sea: el asesinato y antropofagia del padre y la posesión sexual de la madre o de personas de la misma sangre.

Si bien se analiza la codificación moral de la humanidad, se comprueba desde luego que esta legislación, esta ética y la representación de sus ideas-ejes por medio de símbolos, se encuentran en todas las religiones humanas.

Ahora bien—como agudamente lo ha hecho ver G. Frazer—las leyes no prohíben si no aquello que los hombres se sentirían poderosamente tentados a realizar. Si desde el principio de la protohistoria se ha alzado toda una vasta y rígida organización para defender al hombre del parricidio y del incesto, es precisamente por que estas tendencias han estado siempre entre los impulsos más poderosos del hombre.

La legislación restrictiva alcanza extremos insospechados. En Melanesia, Lepers Island, el hijo al alcanzar la pubertad, debe alejarse de la casa materna para ir a vivir en una especie de club de solteros. Si visita su hogar, no puede entrar cuando la hermana está presente. Si hermano y hermana se encuentra al azar, ella debe esconderse y huir

Cosa parecida ocurre en Nueva Caledonia, en Nueva Bretaña y en Nuevo Meklemburgo. En las Islas Fidji, estas prohibiciones se aplican también a los hermanos de grupo. Y en Delagoa, Africa, a los cuñados y cuñadas.

Tabú es una palabra polinesia para representar, según Freud, dos significaciones opuestas: «La de lo sagrado o consagrado y la de lo inquietante, peligroso, prohibido o impuro. En polinesio, lo contrario de «tabú» es «noa», o sea, lo ordinario, lo que es accesible a todo el mundo. El concepto de tabú entraña, pues, una idea de reserva, y, en efecto, el tabú se manifiesta esencialmente en prohibiciones y restricciones. Nuestra expresión «temor sagrado» presentaría en muchas ocasiones un sentido coincidente con el de «tabú». Las restricciones tabú, son algo muy distinto de las prohibiciones puramente morales o religiosas. No emanan de ningún mandamiento divino sino que extraen de sí propias su autoridad. Se distinguen, especialmente, de las prohibiciones morales por no pertenecer a un sistema que considere necesarias en un sentido general las abstenciones y fundamente tal necesidad. Las prohibiciones «tabú» carecen de todo fundamento. Su origen es desconocido. Incomprensibles para nosotros, parecen naturales a aquellos que viven bajo su imperio. Wundt dice que el tabú es el más antiguo de los códigos no escritos de la humanidad y la opinión general lo juzga anterior a los dioses y a toda religión».

Es necesario hacer notar que la existencia del «tabú» descansa sobre el concepto de la ambivalencia de los sentimientos, hecho normativo y extraordinariamente poderoso en la vida psíquica del primitivo. Con la civilización va gradualmente desapareciendo esta ambivalencia afectiva, y, con ella, el «tabú» mismo, que no es otra cosa, según apunta Freud, sino el síntoma de una transacción entre dos tendencias en conflicto.

Según Wundt (1), el significado más exacto de «tabú» no puede darse con una sola palabra de nuestro vocabulario, sino con dos: «sagrado e impuro». La diferente acepción de

---

(1) H. Wundt.—«Mito y Religión».



estas dos palabras ha aparecido mucho tiempo después en la mente humana. Y así es como el neurótico, que en realidad representa una mente con restos atávicos, una regresión hacia lo arcaico, se ve obligado a reproducir en su psiquis ese conflicto no resuelto.

En las fiestas totémicas, después de sacrificar al animal y de ingerirlo ritualmente, se danzaba primero orgiásticamente en torno a él y luego se desarrollaban escenas de gran dolor en que se lloraba por la muerte del tótem.

Esto no representa sino la dramatización de los mismos sentimientos que se encuentran en el niño y en el neurótico con respecto a los padres y hermanos y que, de vez en cuando, también asoman en los sueños. La carga afectiva es ambivalente: se les ama y a la vez se desea su muerte.

Está demostrado hasta la evidencia que en el niño existe una mentalidad «totémica» y la patología psicoanalítica ha podido reunir numerosas observaciones, entre otras las publicadas por Wulff, Freud, Ferenczi, Otto Rank, etc., con casos ostensibles de supervivencia del totemismo.

Trabajos de Morgan, Howitt, Baldwin Spencer y Frazer, han insistido en la investigación última y completa de la exogamia, es decir, de la fobia o temor al incesto. Algunos biólogos como Westermarck y Havellok Ellis han dado explicaciones por demás insuficientes sobre el asunto, aduciendo que, cuando seres de distintos sexos se han criado juntos, no existe entre ellos la atracción sexual. De tal afirmación se deduciría precisamente todo lo contrario al «tabú» del incesto, puesto que lo que biológicamente no es un imperativo, no necesita de restricciones ni «tabús».

Algunos historiadores han querido encontrar en este tabú, el esbozo rudimentario de una ley eugenésica, llamada a evitar la degeneración de la descendencia prohibiendo los cruzamientos consanguíneos. Pero el hecho cierto es que dicho «tabú» existe desde la protohistoria, desde el remotísimo ayer. Y resulta así

ridículo pensar qué cuando el hombre se encontraba en plena etapa mágica de su psiquismo, cuando no era capaz de distinguir el mundo real del mundo simbólico, cuando creía en la «omnipotencia de las ideas», cuando no tenía ninguna noción cronológica, etc. pudiera hacer previsiones a largo plazo y aun planear métodos de defensa de la especie. Por lo demás, el concepto de que las mezclas consanguíneas engendran productos degenerados, vino a ser formulado hace muy poco tiempo y cuando hubo criaderos de animales perfectamente organizados industrialmente.

Corresponde a Sigmund Freud el honor de haber formulado (1) la explicación, a nuestro juicio precisa y genial, del horror al incesto.

El sabio vienés se basó en la hipótesis formulada por Charles Darwin acerca de la vida de grupos de los hombres primeros, en analogía con la que él encontró en las manadas de gorilas y orangutanes. Darwin supuso que el hombre vivió primitivamente en pequeños grupos, en el seno de los cuales, la promiscuidad sexual quedaba rigurosamente impedida por los celos del macho, del padre. Dice Darwin textualmente: «Por lo que sabemos de los celos de todos los mamíferos, muchos de los cuales se nos muestran armados de órganos especiales, destinados a la lucha contra sus competidores, podemos concluir, en efecto, que la promiscuidad general de los sexos en el estado de naturaleza es un hecho muy poco probable».

Y agrega Freud marginando esta observación: «Pero si remontándonos suficientemente en el tiempo juzgamos las costumbres sociales humanas, conforme a la esencia del hombre actual, la conclusión que se nos aparece como más probable, es la de que los hombres vivieron primitivamente en pequeñas sociedades, teniendo generalmente cada uno, una sola mujer, y a veces, si poseía un alto grado de poderío, varias, que defen-

---

(1) S. Freud.—«Tótem y Tabú».

día celosamente contra todos los demás hombres. Asimismo, pudo no ser el hombre un animal social y vivir, sin embargo, como el gorila, con varias mujeres de su exclusiva pertenencia. En los grupos de estos animales se ha comprobado siempre, efectivamente, la presencia de un único macho adulto. Cuando el gorila joven llega a un cierto estado de su crecimiento, lucha con los demás, por el dominio absoluto del grupo y después de matarlos o expulsarlos, se constituye en jefe supremo. (Dr. Savage en el *Boston Journal of Natur. Hist.* V, 1845-1847). Los jóvenes machos así eliminados y errantes de lugar en lugar, considerarán, a su vez, como un deber cuando lleguen a conquistar una hembra, impedir las uniones consanguíneas demasiado íntimas entre los miembros de una misma familia».

Esta observación biológica de Darwin ha sido largamente debatida y aprovechada por sociólogos como Lang, Atkinson, Durkheim, etc. Pero ha sido Freud quien ha extraído de ella un verdadero concepto fundamental al descubrir la sugestiva coincidencia de sus hechos más salientes con los hallazgos de la ciencia psicoanalítica

Los hermanos, dentro de la tribu, estaban obligados a buscar mujeres en otros clanes, porque todas ellas pertenecían al padre. Pero los sentimientos ambivalentes con relación a este padre que tan dura autoridad ejercía sobre ellos, hicieron crisis violenta algún día en que los hijos amotinados decidieron matar al padre y poseyeron a sus hermanas. Después del crimen, vino el sentimiento de culpabilidad y, en homenaje al gran desaparecido, al padre lamentado, decidieron que nunca más se repetirían aquellos hechos y surgió así el «tabú» del incesto. Todo este conjunto de elementos tiene su representación simbólica en la «comida totémica» constituida por una orgía ritualística y por una ceremonia que generalmente se llama de sacrificio y que se ingiere una imago del cuerpo paterno. La comida totémica y esta ceremonia de sacrificio exis-



ten en todos los pueblos salvajes y en todas las religiones antiguas y modernas.

Freud reforzó considerablemente su hipótesis con las informaciones proporcionadas por W. Robertson Smith en su obra *La Religión de los Semitas*, cuyos elocuentes y sugestivos datos no es del caso reproducir en este ensayo.

No hay duda de que los hermanos amotinados devoraron el cuerpo paterno, pues durante la etapa mágica de la evolución psíquica humana se consideró siempre la ingestión del cuerpo del huroe, y aun el simple contacto con sus ropas o adornos, como una manera de asimilar sus virtudes.

Después de lo dicho nos parece de toda justicia hacer constar que ha sido Freud quien ha logrado darnos la verdadera explicación y clave del «tabú» del incesto.

Con tales antecedentes, pasemos ahora a ocuparnos del caso de Byron, el «poeta maldito», el hombre que desafió a la sociedad de su época y al mundo con su altanera actitud y desprejuiciada conducta.

Es de suponer, en vista de los datos consignados por sus innumerables biógrafos que en Byron no existió un «Complejo de Edipo» muy fuerte. Pero hubo, en cambio, desde el principio de su infancia, un sustituto de la madre en Mary Duff, a la pequeña primita de cabellos rubios que embrujó sus primeros años en la remota Aberden. Cuando fué separado de ella, experimentó un dolor tan intenso que su madre había de escribir a la muchachita casi diariamente las apasionadas misivas que el pequeño dictaba; y en cierta ocasión en que ella pretendió negarse a hacerlo, el niño apoyó el extremo de un cuchillo de mesa con tal fuerza contra su pecho, que la madre estuvo verdaderamente aterrorizada.

Pero la verdadera transferencia de su complejo materno fué la que el poeta localizó en Mary-Anne Chaworth, nieta de aquel gran señor a quien su abuelo paterno, el siniestro y alucinado Byron Loco, a quien sus contemporáneos llamaban

«el Lord Malo», había asesinado en un extraño duelo en Londres. Este fué su amor de pubertad, el de los catorce años, el que jamás se olvida. Paseando bajo las avenidas silenciosas de la Abadía de Newstead, cuyo parque impresionante había devastado el «Lord Malo», Byron aspiró a revivir junto a Mary-Anne el romance shakesperiano de Romeo y Julieta con sus querellas entre Montescos y Capuletos.

Cuando partió de su posesión de Newstead, escribió una elegía que decía:

«Adiós, sombras de héroes, vuestro descendiente que se aleja del lar de sus ancestros, os dice adiós...»

Pero el caso de Byron no es susceptible de ser analizado bajo el prisma de un solo complejo. No basta el «Edipo» para explicar toda la conformación psíquica y la línea de vida, la norma de conducta del poeta. En él existe esa verdadera malla, esa red apretada de que nos habla Hesnard y en la que las diversas tendencias están íntimamente vinculadas unas a otras.

Byron fué atormentado desde pequeño por su cojera, que le creaba un déficit considerable en la escuela, en los salones, en los rudos ejercicios de box y cacerías que en su tiempo eran usuales entre la nobleza. Esa enfermedad creó en él un estado psíquico especial que hubiera podido servir admirablemente a Alfredo Adler, si éste se lo hubiera propuesto, para escribir un verídico y monumental tratado acerca del «Complejo de Inferioridad».

Byron fué además intensamente narcisista. De los «Complejos del Objeto», pasó a los del «Yo», mediante ese mecanismo sutil de que nos ha hablado Baudouin (1). El «narcisismo», término elegido por Nacke, es aquel estado en que el individuo toma como objeto de atracción sexual a su propio cuerpo; y

---

1) Ch. Baudouin. «*Psicoanálisis del Alma Infantil*».

la ciencia psicoanalítica ha demostrado que existe en forma larvada en todo niño, pudiendo persistir, con el carácter de una pervención sexual, muchas veces asociada a la homosexualidad, hasta la edad adulta. El narcisismo está también íntimamente vinculado al «Complejo Espectacular»: la dramática muerte de Byron en Missolonghi, Grecia, no es más que la etapa final y necesaria a donde debían llevarlo sus determinantes psíquicas.

Pero esto nos aparta un poco de la ruta de nuestro tema central.

Cuando Byron tenía apenas cuatro años, May Gray, su nodriza, solía leerle la Biblia en voz alta, mientras el pequeño escuchaba casi en éxtasis. La influencia de este libro en el poeta fué decisiva y motivó su intenso y permanente amor por el oriente.

«Y el Eterno recibió con agrado el sacrificio de Abel y no el de Caín y Caín estuvo irritado y su semblante tornóse sombrío...».

La fábula bíblica penetraba verticalmente hasta lo más profundo de su conciencia y será tema muchas veces que habrá de emerger sobre la superficie inquieta de sus versos. El motivo bíblico se confundía en él con las historias de sus antepasados, los Gordon y los Byron, cuya leyenda de orgía y asesinatos, duelos, ahorcamientos y decapitaciones, lo hacían identificar a esta rama de su sangre con el remoto Caín, «aquel que mató a su hermano».

El era también un Gordon Byron: las criadas decían que tenía los mismos ojos siniestros e iluminados del «Lord Malo». La muerte de Abel no tenía en realidad ningún significado especial para el pequeño Byron. A su juicio Abel había sido un pobre diablo que se tuvo bien ganada su muerte. Pero, ¿por qué entonces la maldición de Jehová sobre el victimario? ¿Por



qué los atroces remordimientos de éste? A los cuatro años de edad, con este episodio bíblico, entró en su alma la noción del pecado y el sentimiento de culpabilidad.

En Víctor Hugo el remordimiento de Caín fué sublimizado en su grandioso poema *La conciencia*. En Byron este episodio no logró jamás una sublimación, ni una descarga. Cuando durante su pubertad, su profesor de alemán le leyó *La muerte de Abel*, de Gessner, el futuro poeta demoníaco sorprendió a su bondadoso maestro tomando, la defensa apasionada del hermano asesino. El reconstruía la historia de los dos hermanos bíblicos a su manera y ponía tal fuego en su imaginario relato que el profesor y los demás alumnos quedaron maravillados y atónitos al escucharlo.

Toda su vida estuvo condicionada por esta noción ambivalente de «ángel-demonio» o «sagrado-impuro» que aspiraba a encarnar.

Hubiérase dicho que a veces pecaba para darse el obscuro placer del remordimiento.

El incesto no fué entonces sino un brote, un episodio, un suceso casi lógico dentro de su universo psíquico mórbido y sobreexcitado. Byron llegó a él arrastrado por poderosas corrientes instintivas.

Augusta Byron, llamada después de su matrimonio Augusta Leigh, había hecho un matrimonio desgraciadísimo. El Coronel Leigh era un vividor disipado que nunca se preocupó gran cosa de su mujer, como no fuera para pedirle dinero y para hacerle el don de tres hijos.

Extrañamente sugestivo es el hecho que André Maurois haya insertado como epígrafe del capítulo «Augusta» en su obra consagrada a Byron, el siguiente verso del propio poeta:

«Was there ever such a slave to impulse?»

Augusta había sido educada por una abuela pietista y

era una mística atenta al «Libro Sagrado» y a las oraciones. Pero este misticismo estaba construído sobre un temperamento frívolo y superficial, totalmente intrascendente.

Duramente golpeada por la vida, despreciada por un esposo jugador y mujeriego, carente de recursos y de distracciones, llevaba una de esas vidas que pudieran merecer el calificativo de heroicas, si no hubieran sido tan frívolamente vividas. Para Augusta Byron nada tenía importancia; jamás tomó a lo trágico su existencia, ni siquiera a lo serio.

Separados a lo largo de casi toda su vida, el poeta y su hermana iniciaron el episodio amoroso que debía llevarlos al incesto, el 27 de junio de 1813, fecha en que Byron recibió a Augusta en su casa de Bennet Stret, en Londres. De esta pasión había de nacer como mórbido fruto de amores que no pueden nombrarse, una hija.

Para el artista esta pasión anormal, fué un placer sin par en su existencia, porque estaba integrada con remordimientos y sensación de culpabilidad. La duplicidad, la ambivalencia moral y afectiva, estaban en el centro mismo de la vida espiritual de Byron: amor y crimen, ángel y demonio, Caín y Abel.

Cabe suponer que para Augusta este amor no tuvo la misma intensidad ni la misma transcendencia cualitativa. En el fondo, ella parecía jugar con todas las cosas; tenía la mentalidad de una pequeñuela: le gustaban las historietas cómicas y tenía mucha habilidad para las imitaciones caricaturescas de personas y cosas. Estallaba en risa por cualquier motivo, aun el más insubstancial, por cualquier banal incidente y, en torno de ella, la vida más opaca, los sucesos más vulgares, se revestían de un halo multicolor y polifónico de infantil alegría.

Byron fué hacia el incesto, seguramente con premeditación: se sentía destinado para un gran crimen, para un delito siniestro, cuyo remordimiento lo persiguiera toda la vida. El anhelaba estar en la línea sombría de los Gordon Byron, que

desde las Cruzadas mantenían su negro pabellón izado al tope de su mástil de orgullos, crímenes y grandezas.

Por otra parte, y, como dice André Maurois, Byron «buscaba en ese amor una mezcla de alegre amistad, de sensualidad y de ternura casi maternal».

No hay duda de que había asimismo gran número de elementos narcisísticos en juego: el artista se amaba en su propia imagen que ella—su hermana—le devolvía.

Augusta tal vez llegó a aquella pasión, por falta de discernimiento y de voluntad. La religión era en ella una capa apenas epidérmica, aunque el fondo de su temperamento era profundamente bondadoso. En este punto están de acuerdo todos sus biógrafos. Byron la sedujo con su trato amable y tierno, según él mismo lo ha confesado en carta a su confidente, Lady Melbourne: «En nombre del Dios que me ha creado para mi propia desgracia—y por supuesto, tampoco para el bien de los demás—ella no merece ser censurada ni siquiera una milésima parte en comparación con la que a mí corresponde. Ella no se dió cuenta de su propio peligro, sino cuando era muy tarde y no puedo explicarme su entrega sino por una observación que me parece muy justa, y es qué, las mujeres se adhieren profundamente a los hombres que las tratan en alguna forma que se parezca a la ternura».

Por otra parte, Augusta amaba también—a su manera—a su esposo. Dice a este respecto, André Maurois (1): «Augusta, mucho más sencilla que él, se dejaba llevar. «Oh! dear Oh! dear...» qué aventura para una madre de familia! Y ¡cuán poco hecha estaba ella para esta tragedia! Lo más extraño era que ella amaba todavía a «este inverosímil gentleman, su primo y marido»... pero, ¿podía ella rehusar alguna cosa a su Baby Byron, cuando él se la suplicaba? Era ella de esas mujeres que creen qué cualquier cosa fea o desagradable deja de

---

(1) -A Maurois. «Byron». (2 tomos).



ser tal y desaparece, cuando no se piensa más en ella. Saltaba como un pajarillo sobre la superficie de su propio pensamiento. Más tarde Byron, a quien placía el sabor amargo de los remordimientos quiso alguna vez forzarla a inclinarse con él, sobre su propio crimen. Pero ella se le escapaba con un movimiento ágil y liviano y entonces buscaba manera de hacerlo reír».

Después de algunos meses que duró la primera parte de este amor, los hermanos se separaron. El poeta mariposeó entonces en devaneos y amoríos con diversas mujeres, pero sin lograr alejar del todo la imagen de Augusta de su pensamiento.

A varios de sus amigos les dió a entender claramente la naturaleza efectiva de su pasión y en cuanto poema escribió por aquella fecha, asoma la sombra del incesto.

Pero la aventura recomenzó al cabo de poco tiempo. Ella le envió una carta que contenía un puñado de sus cabellos y un pequeño billete en francés, que decía: «Partager tous vos sentiments, ne voir que par vos yeux, n'agir que par vos conseils, ne vivre que pour vous, voilà mes vœux, mes projets et le seul destin qui peut me rendre heureuse. Augusta».

Byron agregó sobre el billete: «La chevelure de celle que j'ai le plus aimée». Y anotó en su Diario: «El sentimiento que me ha absorbido desde hace algún tiempo tiene en él una mezcla de algo terrible que me hace sentir insípidos a todos los demás. En verdad, uno de sus efectos ha sido como la historia de Mitridates, que habituándose gradualmente a un veneno cada vez más fuerte ha terminado por hacer a todos los demás ineficaces, cuando ha buscado en ellos un remedio a sus males y un escape de la vida».

Se reunieron de nuevo el 17 de febrero de 1814 y partieron hacia el refugio de la vieja Abadía de Newstead, donde Byron, de niño había soñado junto a Mary-Anne Chaworth. Antes de partir Byron entregó a su editor el poema *El Corsario* que puede estimarse como un documento psicoanalítico de pri-

mera magnitud, pues en él Byron depositó todos sus sueños y ambiciones no realizadas.

Sin embargo, no lograba liberarse de todos los fantasmas que tripulaban el inquieto e inquietante navío de su alma: Augusta ha contado los mil y un episodio de la neurosis del artista: pesadillas atroces, convulsiones horribles que le hacían rechinar los dientes en la noche, temor constante a una agresión desconocida, etc. Byron nunca dejó de poner sus pistolas debajo de la almohada al acostarse.

Mientras tanto, la gravidez de ella seguía su curso, motivo por el cual hubieron de regresar a Londres. Durante el último día de Newstead, Byron grabó sobre la corteza de un árbol centenario del lúgubre parque, sus iniciales entrelazadas con las de Augusta

En la capital inglesa, la historia del amor incestuoso del poeta era ya muy conocida.

El 15 de abril Augusta dió a luz a Elizabeth-Medora Leigh.

No podemos en este breve ensayo seguir todo el trasunto de los múltiples amores de Lord Byron. Digamos solamente qué, después del nacimiento de Medora, hay un largo intervalo de separación entre los hermanos, durante el cual el poeta se casa con Annabella y tienen una hija a la cual él hace bautizar con el nombre de Augusta-Ada Byron.

El matrimonio Byron-Annabella fué un fracaso, porque la sombra de la hermana precisamente estaba entre ellos. Hubo una serie de explicaciones entre ellos tres, hasta que la esposa tuvo la plena revelación de lo que se había resistido durante largo tiempo a creer.

De nuevo, la hermana vuelve al lado del poeta por un tiempo. Hasta qué el «Corsario» decide partir. La despedida de ellos fué dramática: Byron lloró amargamente sobre sus remordimientos. Y apenas ella hubo dejado la casa, él escribió a Annabella esta breve y elocuente carta:

«Acabo de separarme de Augusta, tal vez el último ser a

quien me habéis dejado abandonar. Adonde quiera que yo vaya—y ya sabes que voy lejos—tú y yo no nos encontraremos jamás en este mundo, ni en el otro... Si algún accidente me ocurre, sé buena para con Augusta; si ella también ha desaparecido, sé buena para con sus niños...»

Y bien se sabe que aquel «accidente» efectivamente ocurrió después de poco en las costas insalubres de Grecia.

He aquí, pues, la historia de un amor incestuoso.

Nos parece que es perfectamente adecuado, llamar «Complejo de Byron» a aquella poderosa tendencia instintiva, a aquella derivación del «Complejo de Edipo» que sustituye la imagen de la madre por la de la hermana en la objetivación de la libido.

Ejemplos históricos de esta clase de amores hay otros. En nuestro propio continente tenemos un caso que ha sido sumamente discutido: el del poeta colombiano José Asunción Silva. Sus numerosos biógrafos, en gran mayoría han negado el hecho, tratando de poner a salvo la personalidad moral del artista. Esta ha sido la actitud especialmente de los historiadores y ensayistas contemporáneos suyos y también de muchos posteriores (1). Pero, de la circunstancia de que la relación sexual física, no haya sido comprobada entre el autor del «Nocturno» y Elvira, su bellísima hermana, no puede deducirse que el poeta no haya tenido una típica actitud psíquica incestuosa.

Nos ocuparemos de este caso en otro sitio y tiempo. Por ahora deseamos dejar anotado que la vida, la obra y la muerte de José Asunción Silva, demuestran plenamente que durante toda su existencia estuvo bajo el signo de lo que hemos designado bajo el nombre de «Complejo de Byron».

Otro caso muy conocido es el del autor de *Atala* y *Genio del Cristianismo*. Lo que muchos llaman el «Misterio de Com-

---

(1) B. Sanín Cano, Alberto Miramón, Alcides Arguedas, R. Blanco Fombona, I. Enrique Arciniegas, Rodrigo Triana, Georgina Fletcher, V. García Calderón, Max Grillo, Cornelio Hispano, M. Santa Cruz, Roberto Liévano, A. Ponce Rojas, Guillermo Valencia.



bourg» o sea la actitud febril y amorosa de Francisco René de Chateaubriand a los 16 años con su hermana Lucila de 20, temperamentos intensamente psico-neuróticos ambos, no es tal misterio sino para quienes ignoran las nociones más vulgares del Psicoanálisis. El propio novelista ha hablado en sus *Confesiones* muchísimo más de lo que los fariseos y puritanos quisieran.

Este caso, como el anterior, son sumamente ricos en elementos psicoanalíticos. En cuanto a la literatura misma, ella está llena de creaciones artísticas motivadas por el amor incestuoso (1). También lo están las mitologías griega y romana, las leyendas bíblicas y los mitos asiáticos.

Pudiendo haber elegido otras denominaciones, nosotros hemos preferido dar a este «complejo» el nombre del poeta-maldito, el autor de *Don Juan*, *La novia de Abydos*, *Giaour*, etc. porque él no sólo vivió el incesto, sino que en estas mismas obras suyas, dejó asomar la sombra de su amor innombrable, y lo glorificó. Por tal motivo, nuestro insignificante aporte a la literatura psicoanalítica aspira a recordar su nombre en lo que fué signo, acento y clave de su vida.

---

(1) *Otto Rank*.—*Psicoanálisis en el arte*.